

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Este libro..., esta publicación resulta de la selección que el autor hiciera de su propio *Diario*, que comprendía dos tomos ya publicados en polaco, su lengua original, y un tercer tomo que sería publicado luego de su muerte en 1969.

Gracias a la insistencia de sus amigos argentinos ansiosos por conocer ese *Diario* aún no traducido al español, Gombrowicz acepta presentar algunos pasajes para el lector sudamericano. Este *Diario argentino* adquiere su sentido completo en el conjunto de dicha obra. El *Diario (1953-1969)* contiene más de mil páginas y fue traducido a veinte idiomas.

Rita Gombrowicz
París, agosto de 2015

PREFACIO

El diario que sigo desde hace catorce años consta de más de mil páginas. Forma tres gruesos volúmenes. El presente tomo, *Diario argentino*, comprende únicamente los textos referentes a la Argentina.

De ahí resulta cierta distorsión de la perspectiva. Quizás sea difícil leer correctamente estas páginas sin conocer el complemento, todo lo que en el diario escribí sobre el hombre, sobre el arte, sobre Polonia, sobre Europa, sobre mí mismo y sobre tantas cosas más.

No encontrarán aquí una descripción de la Argentina. Quizás incluso no reconocerán sus paisajes. El paisaje es aquí “un estado de ánimo”. Este diario, a pesar de las apariencias, tiene el mismo derecho a la existencia que un poema.

No es sólo una descripción de Argentina, sino la de mi vivencia de Argentina.

Argentina es tan sólo mi aventura, y nada más. Generalmente dicen de Argentina que no existe, o que existe pero no como una realidad, o que existe, sí, pero como algo aún embrionario, doloroso, desesperado..., que el argentino todavía no ha nacido y de ahí su dolor y su vergüenza, etcétera.

Estas cosas, repetidas con demasiada frecuencia, me parecen poco veraces e incluso demasiado exageradas. Prefiero mantenerme al margen de esa retórica demasiado patética. Estos apuntes, sin duda momentáneos, los hice además sin intención especial de adentrarme en el

país. Escribo sobre mí, no sobre Argentina; a veces resultaba que escribía sobre mí en Argentina. Son esas páginas las que integran el presente volumen.

¿La política?

Casi no toco temas políticos, no me asocio con ese otro coro que hoy predomina entre los argentinos (se nos explota económicamente, estamos en las garras del capitalismo internacional y de la oligarquía local), es por eso que mi diario quiere ser lo contrario de la literatura comprometida, pretende ser literatura privada. Me parece que este tipo de literatura es sin duda necesaria ahora, sería extremadamente aburrido que todos repitieran siempre lo mismo y al unísono.

Y permítanme decir que desde la perspectiva de la Europa Central y Oriental la realidad argentina se ve de distinta manera.

¡Bah!, este diario mío es así, casual, a veces descuidado... inmediato... privado...

Jóvenes amigos argentinos: eran un pequeño grupo de muchachos extremadamente inteligentes y sensibles, inclusive talentosos. Demostraron tanta amistad sincera que perdono las burlas a costa de este viejo estafalario... por lo demás merecidas... También me reía de ustedes a más no poder.

Después de mi éxodo de Argentina se inventó algo así como una leyenda melodramática; resulta que el escritor reconocido hoy en Europa vivió en Argentina, humillado, despreciado y rechazado por el Parnaso local. Todo eso es falso. Yo preferí voluntariamente no mantener relaciones estrechas con el Parnaso, los medios literarios de todas las latitudes están integrados por seres ambiciosos, susceptibles, absortos en su propia grandeza, dispuestos a ofenderse por la cosa más mínima. Creo que por las mismas razones el Parnaso no se apresuró demasiado a entablar relaciones más estrechas conmigo. En fin, no

sería extraño: un polaco, desconocido en París, autor de cierta obra, con gustos literarios demasiado paradójicos, sospechoso y excéntrico.

Probablemente... si alguien se me hubiera acercado..., dado la mano... Pero los únicos que se interesaban en mí eran los estudiantes. Y sin embargo yo era también como un estudiante que merodeaba por las calles, sin empleo, desconectado, con una inmensidad de tiempo libre, vacío...

Hay que añadir, además, que cuando no se tiene una situación social, honores, reconocimiento, la gente joven se convierte en el único lujo; es la única aristocracia accesible.

En mi situación no podía sino elegir entre el lamento y la diversión. Escogí la diversión, pero confieso que quizás me divertía en exceso y demasiado.

Además, quienes conocen únicamente *Ferdydurke*, o sea, desconocen los caminos posteriores de mi literatura, no saben que al correr de los años todo el complejo de problemas: juventud-inmadurez-forma se volvió para mí cada vez más esencial y quizás más tormentoso; no fue ya solamente la diversión, tras esa problemática se ocultaban también las disputas y un doloroso esfuerzo espiritual.

Sí, mi diario argentino está construido de un tema a otro, a saltos. Y, sin embargo, es cierto que Argentina se convirtió en algo inusitadamente importante para mí, conmovedor hasta lo más profundo. Pero no sé bien a qué se debe eso y en qué consiste. No, no miento y no exagero al decir que hasta hoy no he logrado desprenderme de la Argentina.

I

Lunes

Rugido de sirenas, silbidos, fuegos artificiales, corchos que brotan de las botellas y el tremendo ruido de una ciudad en plena conmoción. En este minuto entra el Año Nuevo 1955. Voy caminando por la calle Corrientes, solo y desesperado.

No veo nada ante mí..., ninguna esperanza. Todo para mí ha terminado, nada quiere empezar. ¿Un balance? Después de tantos años, intensos a pesar de todo, laboriosos a pesar de todo... ¿quién soy? Un empleadito hastiado por siete horas de *burolencia*, cuyas pretensiones de escribir han sido ahogadas. No puedo escribir sino este diario. Todo se ha ido al diablo debido a que día tras día, durante siete horas, asesino a mi propio tiempo. Dedicué tantos esfuerzos a la literatura y ella no es hoy día capaz de asegurarme un mínimo de independencia material, un mínimo –al menos– de dignidad personal. “¿Escritor?” ¡Qué va! ¡En el papel! Pero en la vida... un cero, un ser de segunda categoría. Si el destino me hubiera castigado por mis pecados no protestaría. ¡Pero me ha aplastado por mis virtudes!

¿A quién debo culpar? ¿A la época? ¿A los hombres? Cuántos más hay cuyo aplastamiento es aún peor. Mi mala suerte se debió a que me despreciaban en Polonia, y hoy, cuando uno que otro al fin comienza a respetarme, no hay lugar para mí. Estoy tan desprovisto de un lugar

propio como si no habitara en la tierra sino en los espacios interplanetarios, cual un globo.

Viernes

Fui a Ostende, una tienda de moda, y compré un par de zapatos amarillos que resultaron ser demasiado ajustados. Volví a la tienda y los cambié por otro par de zapatos del mismo modelo y número, idénticos en todos los aspectos; los sentí igual de ajustados.

A veces me asombro de mí mismo.

Jueves

Me levanté como de costumbre alrededor de las diez y desayuné: té con bizcochos y un plato de cereales. Cartas: una de Litka, Nueva York; otra de Jelenski, París.

A las doce me dirigí a la oficina (caminando, es cerca). Hablé por teléfono con Marril Alberes sobre la traducción y con Russo para arreglar los detalles de nuestro próximo viaje a Goya. Llamó Ríos para decirme que ha vuelto de Miramar y Dabrowski para tratar el asunto del departamento.

A las tres, café y pan con jamón.

Salí de la oficina a las siete y fui a la avenida Costanera a respirar un poco de aire fresco (hace calor, 32 grados). Pensaba en lo que me contó ayer Aldo. Después fui a casa de Cecilia Bénédict para llevarla a cenar. Comí una sopa, un bistec con papas, ensalada y compota. Hacía tiempo que no la veía, me relató sus aventuras en Mercedes. Incluso un cantante llegó a sentarse en nuestra mesa. Hablamos también de Adolfo y su astrología. De allí, alrededor de la medianoche, me dirigí al Rex a tomar un café. Eisler

se sentó a mi mesa. Nuestras conversaciones son por este estilo: “¡Qué tal, señor Gombrowicz!” “Tranquilícese un momento, Eisler, se lo agradeceré mucho.”

De regreso a casa entré en el Tortoni a recoger un paquete y a conversar con Pocho. En casa leí el *Diario* de Kafka. Me acosté a eso de las tres.

Publico esto para que me conozcan en la intimidad.

Jueves

Concierto en el Colón.

¿Qué me puede importar el mejor virtuoso en relación con la disposición de mi espíritu? Mi espíritu que hoy por la tarde fue impregnado por una melodía mal tarareada, alguien que desafinaba; y que ahora en la noche, rechaza con repulsión la música servida con albóndigas en una bandeja dorada por un *maître* de frac. No siempre la comida gusta más en los restaurantes de primera categoría. Por lo demás, el arte me impresiona casi siempre con más elocuencia cuando se manifiesta de un modo imperfecto, casual y fragmentario, como si sólo así me señalara su presencia, permitiéndome intuirlo tras la torpeza de una interpretación. Prefiero a Chopin cuando me llega en la calle desde lo alto de una ventana al Chopin perfectamente ornamentado de una sala de conciertos.

El pianista alemán galopaba acompañado de la orquesta. Arrullado por los tonos yo vagaba en una especie de ensueños, recuerdos... y en un asunto que debo arreglar mañana: mi perrito Bumfila, un pequeño fox terrier... Mientras tanto el concierto tenía lugar, el pianista galopaba. ¿Era un pianista o un caballo? Hubiese jurado que Mozart no importaba en absoluto, se trataba más bien de adivinar si aquel brioso corcel iba a ganarles la delantera a Horowitz o Rubinstein. El público presente